

Cumplido su mandato, en delicioso
 Vino trocóse el agua en el instante,
 Y á tal prodigio se asombró el esposo
 Y enmudeció la turba circunstante.

Y así logró Miriam ser la primera
 Que mirase brotar el milagroso
 Poder, que en tan efímera carrera
 Iba á ostentar el Nuncio poderoso:

Y todos los presentes se admiraron,
 Y su inmenso poder reconocieron,
 Y sus menores signos acataron,
 Y su misericordia enaltecieron.



IV.

Aquel milagro de Caná, seguido
 En breve de un millon;
 Señaló que ya el tiempo era venido
 Del fin de su mision.

A su voz las tormentas se aplacaban,
 Los demonios huían;
 Las dolencias del cuerpo se aliviaban,
 Los muertos revivían.

Doquiera que en aquel dichoso suelo
 Su planta descansaba,
 Cesaba el llanto, enmudecía el duelo
 Y el odio se calmaba.

Y venian á él desde Judea,
De Tiro y de Sidon,
De la remota Arabia y de Idumea
En rauda confusion.

Y al que con fé profunda, enardecida,
Llegaba hasta su pié;
Eterna fuente de salud y vida,
Vida y salud dá él.

Ven de nuevo del sol la lumbré pura
Los ciegos afligidos,
Y cruzan la montaña y la llanura
Los pobres impedidos.

Cura al leproso, al pecador convierte,
La adúltera perdona,
Y arranca de los brazos de la muerte
Al niño y la matrona.

¿Quién es este, clamaba el fariseo,
Que va contra la ley?
¿Quién, temblando de susto el Idumeo,
Este que aclaman rey?

¿Quién es el que aconseja al ultrajado
Generoso perdon?
¿Quién es el que combate denodado
La usura y concusion?

Y así como en la oscura madriguera
Por hombres acosada,
Se prepara á lidiar la brava fiera
Cabe á su prole amada:

El Escribe avariento, sobre el oro
Al pobre arrebatado,
Se apercibe á la lid por el tesoro
A precio tal comprado.

Y el Fariseo hipócrita, temiendo
La lid, astuto infama
A Jesus, y en lo oscuro va tendiendo
Su tenebrosa trama.

Y el audaz Saducéo, que la vida
Del alma torpe niega,
A la múltiple hueste maldecida
Iracundo se agrega.

Así, sus mustios odios deponiendo
 Se adunan los traidores,
 Torpe amistad, bastardo amor fingiendo,
 En pró de sus rencores.

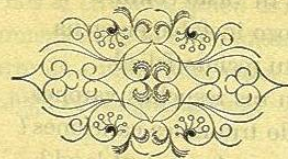
Y el volcán de sus iras contenido
 Rugía en lo lejano,
 Como acaso escuchamos el bramido
 Del remoto Oceano.

Mas al rumor creciente, de MARIA
 Temblaba el corazon,
 Y miraba acercarse la agonía
 Con triste prevision.

Y siguiendo por montes y laderas
 Al hijo con afan,
 Llegó con él un dia á las riberas
 Que fecunda el Jordan.

Y por él fué allí mismo bautizada,
 Y siguió decidida,
 Y abandonó su vida acostumbrada
 Por otra nueva vida.

Y mugeres seguíanla y varones,
 Discípulos fervientes
 De Jesus, de amorosos corazones
 Y espíritus valientes.



CORONA DE LA VIRGEN.

ENTRADA DE CRISTO EN JERUSALEN.

V.

¿Qué júbilo inmenso resuena,
Sion, en tu vasto confin?
¿Qué gozo inefable enagena
Salem, tu recinto feliz?
¿Dó van tus resueltos varones
Cantando triunfales canciones?
¿Por qué suena el laud?

¿Que triunfo electriza sus almas?
¿Acaso el romano cayó?
¿Por qué se despojan las palmas
Del manto que el cielo les dió?
¿Por qué tu llanura arenosa
Reviste esa capa frondosa?
¿Cesó tu esclavitud?

En coro las tiernas doncellas,
Los niños en coro pueril,
Repiten en cántigas bellas
Pulsando del padre David
El harpa de voces tan puras:
“¿Hosanna en las alturas!
“Bendito el enviado de Dios!”

¿Quién es el monarca temido,
Que llega á tus puertas, Salem?
¿Quién es ese rey tan querido?
¿De Dios el enviado, quién es?
¿De inmensa legion circundado,
En carro de triunfo adornado,
Llega el conquistador?

Sion, tu monarca divino
No viene en un carro triunfal;
Ni acero feroz, damasquino
Empuña su mano real:
Ni en pompa homicida de guerra
Le anuncian por rey de la tierra
El fausto y el poder.

El manso animal cabalgando
 Se acerca del mundo el Señor,
 A diestra y siniestra lanzando
 Benignas miradas de amor.
 Por armas la palma y la oliva,
 Por premio la fé siempre viva,
 Eterno amor por ley!

Y en pos los invictos varones,
 Las madres que acata Israel,
 Y ancianos y tiernos garzones
 Confusos en raudo tropel;
 Y esposas y vírgenes puras:
 “ ¡Hosanna en las alturas,
 Esclaman, al Sumo Señor!”

Y el santo, amoroso concento
 Que suena en el vasto confin,
 Llevado en las alas del viento,
 Llegó cual la voz del clarín
 Sion, á tus calles oscuras,
 “ ¡Hosanna en la alturas,
 Clamando, al supremo Señor!”

Y el eco del muro callado
 Y el agua que corre á su pié;
 Del templo el recinto sagrado
 El viento que gime al través:
 —Y el ruiseñor que en la enramada trina,
 Y el aura embalsamada matutina,
 En puro acento de perenne amor;
 Clamando van en montes y llanuras,
 ¡Hosanna en las alturas,
 Al que viene en el nombre del Señor!

